

La juventud no se aprecia quizás en lo que vale, cuando se goza de ella, sino cuando la vemos esfumarse en lontananza, dejándonos un recuerdo semejante al polvillo dorado que dejan en las manos las alas de una mariposa. El que desciende la cuesta de la vida, ostentando ya hilos de plata en la cabeza, pero conservando en el alma el calor de los años juveniles, se complace en dirigir la mirada hacia el vastísimo estadio en donde bullen y compiten las nuevas generaciones, anhelosas de conquistar los laureles del triunfo. Contemplación es esta que despierta en el ánimo una generosa complacencia, exenta de envidia, aunque no de cierta añoranza melancólica. Sentimos que oleadas de vida llegan hasta nosotros; y apreciamos la solidaridad que existe entre los hijos de la misma patria; unidos por fuertes eslabones, que enlazan lo pasado con lo presente y que han de continuarse en lo futuro; y si vemos que ya no es tiempo de dar forma y realización a tantos sueños dulcemente acariciados, nos conforta la confianza de que otros más afortunados lo harán con honra propia y de la patria común. Nos complace el gustar en esperanza el fruto cierto, según la amable expresión del poeta; y la simpatía, que es vínculo poderoso, nos anticipa la visión de aquel esperado momento, en que rotas las ligaduras escolares, os esparciréis por todos los ámbitos de la Nación, no como aves de tardo vuelo, que apenas pueden despegarse de la tierra, sino como enjambre de águilas jóvenes, que se lanzan a la conquista del azul celeste, llevando sobre sus alas el nombre de la patria, y en el pecho el alto estímulo de su gloria.

Ancho campo se abre a vuestra actividad. Vivimos en una época de prodigios, en que de un momento a otro vemos transformarse el mundo. La ciencia realiza lo imposible y abre a las energías del hombre rutas no presentidas. Fuerzas poderosas transforman las civilizaciones seculares. El mundo espera una renovación. A vosotros tocará tomar parte activa en este movimiento ascensional para que la patria no se quede rezagada a orillas del sendero ni olvidada por pueblos de más poderosa iniciativa. Tarea de grave responsabilidad, para lo cual debéis hacer grande acopio de fe y de optimismo, a fin de que los reveses no enflaquezcan el ánimo ni hagan vacilar la voluntad; fe en Dios, en la Patria, en vuestro destino; optimismo que disipe las negras sombras de la desesperanza, y en vez de arrancaros en los trances adversos la queja del despecho, mantenga en vuestros labios el grito animador de ¡excelsior!

La juventud es acción; la juventud es alegría. Triste de ella el día en que se asemejara al Mar Muerto, cuyas pesadas olas no copian el cielo; en cuyas aguas no se alberga ningún ser viviente; en cuyas orillas no se ve rastro de verdor! Imagen del egoísmo infecundo, de la inercia letal. La juventud debe asemejarse más bien a ese soberbio Mar Mediterráneo que arrulló la cuna de la civilización antigua, y que fué y sigue siendo poderoso vehículo de progreso y de cultura;

mar en eterno movimiento de vida; en cuyas orillas cantaron las sirenas; y que aún sigue hechizando al mundo con el ritmo armonioso de sus olas azules y elásticas, con las cuales abraza a las islas griegas y baña las costas de las grandes naciones latinas, entonando el himno eterno de la gracia y de la belleza.

La juventud colombiana, que lleva consigo los futuros destinos de la patria, no puede dejar que éstos encallen ni zozobren. Ni siquiera debe formular el terrible dilema: ¡renovarse o morir!; en lugar de este disyuntiva, debe lanzar esta afirmación optimista y rotunda: ¡renovarse y vivir!

Bien sabe la patria lo que le es lícito esperar de los arrestos juveniles cuando se ejercitan dentro de las austeras normas del deber. Debió su independencia a un coro de jóvenes caudillos, de floridos adolescentes, que en Grecia hubieran sido compañeros del invencible Aquiles; y que más felices que el héroe aquivo, realizaron una empresa más grande que el cerco de Troya; y digna de inspirar la epopeya de un nuevo Homero, la independencia de todo un mundo, para elevar sobre las ruinas del trono de los reyes, el de una deidad a quien Aquiles no hubiera sabido rendir culto: el numen de la libertad.

Para ser dignos continuadores de la obra de nuestros próceres, deben los jóvenes mostrarse grandes en las aspiraciones, modestos en la ambición personal y generosos hasta en sus errores; y magnánimos hasta en los momentos de más justa indignación. Aun en sus mayores audacias de renovación, deben poner oído atento al oráculo de la tradición, gran maestra de experiencia y guardadora de lo más íntimo del alma de la raza; y manteniendo firmes los pies en la tierra, deben tener fijos los ojos en un alto ideal, que los guíe como las constelaciones al viajero que cruza al través de vastos desiertos; porque sin la luz del ideal, la vida carece de significación y de objeto; es marcha a tientas en medio de la oscuridad; es banquete de manjares desabridos y acerbos, y en donde el vino, en vez de alegrar el corazón y desatar las alas de la fantasía, embota y entristece el alma, y hace que la frente se incline pesadamente hacia la tierra.

El soberbio arranque de uno de esos héroes juveniles; aquel «paso de vencedores» que resonó en el campo de Ayacucho, como toque funeral de la dominación española y

diana del triunfo definitivo de la libertad americana, debe seguir vibrando, como voz de orden de las nuevas generaciones, no para arrastrarlas a insensatas aventuras, sino para recordarles cuál debe ser su actitud en la lucha de la vida; a qué imperativo moral tienen que someter su voluntad, y con qué viril arrojo deben marchar a la conquista del porvenir, arrancando sus secretos a la ciencia, sus tesoros a la naturaleza y sus palmas de triunfo a la fortuna.

Testimonio de que rendís culto al ideal es este acto, destinado a colocar en el trono de la alegre República escolar, no a un despótico encadenador de voluntades, sino a una niña hermosa y discreta, emblema de la gracia y de la gentileza. Reconocéis el señorío de la hermosura, y como los caballeros galantes de la Edad Media, os declararéis «siervos libres del amor». Y hacéis bien, porque las duras aristas del carácter masculino, se suavizan al contacto con la delicadeza de la mujer, como el consistente guijarro, que pone resistencia al mismo acero, se pule y redondea con el manso rodar de las cristalinas aguas de la fuente.

Queréis una Reina, pero no tan fugaz como las que presiden los Juegos florales, y sólo imperan en el espacio de una noche de fiesta; buscáis una soberana, que comparta y estimule vuestros propósitos, aliente vuestras energías, ponga en vuestros debates la nota suave de su discreción, y de esa agudeza de juicio que es propia de la mujer, como el faro pone un rayo de luz sobre el encontrado tumulto de las olas. Le dáis un título que la humanidad, desde las épocas más remotas de la historia, ha tributado gustoso a la mujer; pues aun en aquellos tiempos en que estuvo más ajena de toda intervención en la vida civil de los pueblos, nadie puso en duda sus aptitudes de reina; y en la Edad Media española hubo princesas insignes como doña María de Molina, doña Berenguela e Isabel de Castilla, que probaron ser dignas de la confianza que en ellas puso el instinto de los pueblos; manejando ya la rueca, ya el cetro, demostraron ser tan mujeres como soberanas; y mientras hacían delicadas labores con la aguja, adestraban su ingenio para manejar los intrincados hilos de los negocios públicos y hacer con ellos una firme trama, en que quedasen aprisionados los ambiciosos y díscolos, y en la cual se labrase, armonizando todos los

BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones
ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÚDICO
VERMÍFUGO

INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE

COSTA RICA